

COMPTES RENDUS D'OUVRAGES

Anne Marie HOCQUENGHEM. *Para vencer la muerte. Piura y Tumbes. Raíces en el bosque seco y en la selva alta – Horizontes en el Pacífico y en la Amazonia*. CNRS/ IFEA/INCAH, 1999 (2° edición), Lima, 445p.

Un largo viaje a España me proporcionó la ocasión de leer uno de los borradores iniciales de este intrigante y atractivo estudio de Anne Marie. Como todos sus lectores, el salto de la iconografía mochica (que se publicó en Perú en 1987) hasta el libro que nos preocupa, ofrecido al público en 1998, nos pareció excesivo antes de leerlo. Desde su título que responde más bien a su sensibilidad, estamos muy lejos de su primer libro, donde, con precisión, se retrataba su contenido.

Al final de aquel viaje, en Montilla (Córdoba), nos esperaba un congreso donde mexicanistas y andinistas presentaron lo mejor de su vidriera. La ponencia de Hocquenghem sobre el orden del mundo andino produjo reacciones mixtas.

Ahora, al final de una cuidadosa lectura puedo entender lo que no pareció evidente a algunos de mis eruditos colegas y que ya estaba en germen en el texto leído. Cito entonces lo que escribe Antonio Garrido Aranda en su presentación de las ponencias de este evento (1997: 13):

“El orden de estos mundos americanos es un principio fundamental para que los estados y sociedades puedan cumplimentar sus fines. Varios capítulos abordan esta temática, pero ningún tan literario y desgarrado como el de Hocquenghem (en verdad fue un cuchillo helado que se arrojó al debate), pero al mismo tiempo valiente y comprometido.”

Es cierto que Anne Marie se siente comprometida con lo que oficialmente se llamó Región Grau, y que comprende básicamente los departamentos de Tumbes y Piura. Pero tal relación es parte del trabajo de campo, no es posible interactuar con personas reales, familias conocidas, paisajes cotidianos, etc., sin compartir una empatía mutua. En este caso, el entrenamiento arqueológico de la autora la coloca en la posición de ver a sus personajes queridos en la perspectiva de una larga duración, que comienza con la revisión cuidadosa de la ecología. Luego de presentarnos la naturaleza del

extremo norte peruano, nos da cuenta de sus primeros habitantes, a quienes aplica el concepto de “antepasados gentiles”. En realidad, es un término de uso corriente en muchas partes del área andina, para referirse a los tiempos en los que se suponía que el territorio estaba poblado por gentes que pertenecían a humanidades diferentes, previas a la presente.

A partir de este capítulo (*Las fronteras del saber*) se acentúa la presencia del escritor Miguel Gutiérrez, cuyas largas citas se intercalan con el texto de Anne Marie, reemplazando a los viajeros del siglo XIX, como Humboldt, que habían reforzado su visión del paisaje. En las páginas que siguen, hay un cuidadoso recuento de la actividad arqueológica en la región, que se resume en tres cuadros cronológicos (p. 119 y 120). Luego de abandonar las épocas arcaicas, se ciñe a la clasificación de Rowe y examina las evidencias de manera sumaria, para ingresar a lo que llama “Complejos culturales”. En realidad, todo el material, presentado es una preparación para responder a preguntas más amplias sobre las continuidades o rupturas culturales que se dan en lo que a su juicio constituye “una zona de transición entre el área cultural de los Andes centrales y norteños...”.

Del paisaje cultural, el libro nos lleva de la mano a los “especialistas del intercambio”, lo que actualiza la vieja discusión sobre la existencia o ausencia de comercio y mercaderes, que el profesor Murra trasplantó a los Andes de los estudios africanos. El tema se renueva con las citas de Frank Salomon y Susan Ramírez, que se suman al famoso *Aviso...* documento importante, que varias decenas de años atrás sacó a luz doña María Rostworowski. El capítulo concluye con una evocación emotiva de la autora:

“Y si seguimos las huellas de los antepasados, es para imaginar la sociedad regional que conformaron, los saberes que acumularon, las técnicas que desarrollaron, las relaciones que establecieron con su entorno natural. Eso sí, sin dejar de lado las visiones de algunas mentes irracionales que, sobresaltadas por encantos enloquecedores y ánimas atormentadoras, exploran las rutas del más allá. Mentes que se topan a cada paso, en los caminos de este mundo, con señales de otros tiempos. Mentes obsesionadas por los gentiles, que anhelan comprender los diferentes idiomas perdidos, al oír voces de los muertos que claman sus logros y reclaman las muy necesarias celebraciones de los rituales de duelo, personales y colectivos, que permiten, asumiendo el luto de los siglos, reconciliar el pasado con el presente y vencer la muerte.” (p. 134).

El título que sigue *Una sociedad de abundancia arraigada en su entorno natural*, es una indicación directa del contenido. Lo que Hocquenghem nos ofrece son las razones para entender la capacidad de autosuficiencia de la región, que mantiene sucesivamente a cazadores, recolectores y pescadores hasta que asoman los primeros agricultores. El texto, con información científica reconocida, se alterna con citas de la misma autora, pero tomadas de sus notas de trabajo de campo; sin embargo no acude a ellas para complementar o presentar mayores datos, lo que transcribe son sus emociones. Es así que, al hablar de los grupos protojibaros, agrega:

“Aquí estoy en la selva alta del bosque de Cuyes en Ayabaca prisionera de los gentiles como hace años en las bodegas de los museos europeos.

Tratando de lograr una visión del pasado con miras al futuro he vuelto a encalavernarme (sic) en el otro mundo. Enredada en los caminos de las memorias olvidadas, pasada la frontera entre el presente y el pasado, atrapada entre el territorio de la muerte, en cualquier momento de la vida arriesgo de nuevo perder el sentido de la realidad entre encantos milenarios. Y vuelvo a sentir la urgente necesidad de librarme de las ánimas indígenas y escapar a los embrujos de sus tierras. Sueño otra vez con reencuentros donde sea en este mundo con seres vivos y de verdad.” (p. 142).

Pocos científicos sociales se arriesgarían a transcribir sus emociones de manera tan abierta como lo hace Anne Marie. Podría pensarse que se trata de una incursión en los predios de la literatura, lo que en el caso andino, —excluyendo por muchas razones a José María Arguedas— tiene más bien tristes episodios, algunos de los cuales, los más deplorables, no son muy lejanos. Yo creo, sin embargo, que Hocquenghem introduce sus sensaciones como las notas al margen de un manuscrito de los siglos XV o XVI. No son referencias bibliográficas, sino que proveen el lente con que se debe mirar el texto. En todo caso, la descripción de los hechos no carece de la seriedad que se exige a cualquiera de los estudios etnológicos.

El libro está además provisto de mapas y diagramas muy completos, como aquellos que detallan la conquista incaica. Para llegar a este período, la autora ha dado cuenta del paso de los mochicas, desarrollo de tallanes y emergencia de Sicán, apenas doscientos años antes de la llegada de Pizarro. Pero no se piense que estamos frente a un relato de triunfos o derrotas políticas o militares, los sucesos están entrelazados cuidadosamente con la expansión de la frontera agrícola y las estrategias de los diversos reinos y confederaciones para ubicar sus centros de control en los lugares más adecuados.

Como era de esperar, al tratar el período incaico, Hocquenghem tiene que lidiar con el torrente de información que proviene de los cronistas, especialmente aquellos de origen indígena. A ello hay que sumar el número considerable de especialistas en el estudio del Tawantinsuyu que la autora cita con cuidado, tratando de reconstruir el modelo del orden del mundo andino, vieja aspiración de los intelectuales de esta parte del mundo. A continuación, es inevitable una mirada al universo sobrenatural y al ciclo ceremonial con que se rigen las relaciones con los seres humanos.

Dado que Tumbes y Piura son las puertas de ingreso a la sociedad incaica que usaron los españoles, los capítulos dedicados a la ocupación europea contienen una recopilación documental muy completa que se hacía necesaria. Le sigue una apretada síntesis de la situación colonial que va de los encomenderos hasta fines del siglo XVIII, poniendo énfasis en la producción regional, ahora orientada a los circuitos de explotación, el control de la tierra y los trabajos de la población indígena que son parte importante de sus preocupaciones. El siglo XIX se revisa al compás de los proyectos de irrigación y la recomposición de las haciendas, luego de una corta referencia a la guerra del Pacífico. Todo lo dicho es, en cierta forma, un largo preámbulo a la situación presente, donde reaparece la tradición oral, recogida ahora de boca de los propios actores. A su ritmo —relato testimonial— se va reconstruyendo la vida campesina, las relaciones señoriales y la importancia omnipresente de los canales de riego. Así puede verse en el texto siguiente:

“Un señor que ya murió conversaba, decía que su papá peleó y que formaban así grupos para pelear e iban avanzando así conquistando a las gentes, que querían ganar a las gentes para que maten a los hacendados, han avanzado hasta San Pablo.

Por eso el hacendado de acá hizo construir una casa de doble pared, porque tiene un metro de ancho para que no entre la bala. Tenía bastante miedo, él nada más se defendía con sus peones, los hacía venir acá y que lo resguarden. Siempre llamaba más a los que servían al ejército y los hacía que vengan acá y que los resguarden o sino también habían unos que eran de coraje para que peleen con cuchillo nomás. Lo que él mandaba tenía que ser así, pues.” (p . 348-349).

El capítulo final tiene el apropiado subtítulo *Entre los sueños y las realidades*, donde se analizan en términos globales las posibilidades de insertar a la región (o no-región) en un soñado desarrollo. El tema se desgrena en función a las riquezas sin explotar conocidas a medias, con un sentido muy pragmático. El final, sin embargo, si descartamos los anexos, retoma el carácter intimista de las primeras páginas. Reaparecen sus cuadernos de notas sentimentales y las citas de *La Violencia del Tiempo*, y las líneas finales nos muestran de manera abierta sus ansiedades y nostalgias.

Desde que leí los primeros borradores supe que se trataba de un escrito atípico en el complejo mundo de las ciencias sociales. Pero he preferido alentar los gestos audaces de mis colegas, frente a la idea de encasillarlos en una disciplina que no se caracteriza por tener límites precisos. No es posible saber ahora si la propuesta de combinar sentimientos e información social tendrá éxito. Hay que dejar que el libro (a pesar de su incómodo formato) ruede por si mismo, y muestre los caminos novedosos abiertos por Anne Marie. A mí me deja la sensación del respeto afectuoso que siempre despiertan las aventuras de los iniciadores. Si como esperamos, crece lo suficiente como para convertirse en modelo a seguir, la antropología andina habrá descubierto un nuevo sendero.

Luis MILLONES

Referencia citada

A. GARRIDO ARENDA (comp.), 1997 - *Pensar América. Cosmovisión mesoamericana y andina*, 365 p.; Córdoba: Obra social y Caja Sur/Ayuntamiento de Montilla.

Scarlett O'PHELAN & Yves SAINT-GEOURS (compiladores). *El Norte en la Historia Regional. Siglos XVIII-XIX*. IFEA /CIPCA. Lima, 1998, 390p.

Para una historiografía limeño-centrada y limeño-centrista como la nuestra, estudios sobre otras zonas del país siempre serán bienvenidos, más aún si se trata de

compilaciones de artículos donde la superación del dato permite esbozar un panorama. Los estudiosos interesados en la calurosa tierra de mangles, algarrobos y piajenos tienen en este libro una referencia indispensable.

Se trata de once trabajos y trece autores dedicados a una región específica, si bien amplia, como es “el Norte” que, además de la jurisdicción de la antigua Intendencia de Trujillo, incluye el sur del Ecuador. Al recurrir a esta definición práctica de región (superando los límites administrativos actuales) el libro puede ofrecer útiles estudios complementarios. Así sucede con los artículos dedicados a la economía de la famosa cascarilla, asunto abordado por Martine Petitjean e Yves Saint Geours para Loja y por Miguel Jaramillo para un área que, además del sur ecuatoriano, incluye al norte peruano.

Es interesante observar que esta compilación incluye trabajos de historiadores como Susana Aldana o Alejandro Diez Hurtado tradicionalmente dedicados a la región —“identificados con el Norte”— e historiadores que han incursionado en la zona a partir de una afinidad temática. En este segundo grupo estaría el trabajo sobre la elite trujillana que entre sus autores tiene a Paul Rizo-Patrón, especialista en la elite colonial limeña.

El libro está dividido en dos secciones, la primera dedicada a la economía y los agentes comerciales y la segunda a la sociedad y los actores sociales. Además de los señalados trabajos sobre la cascarilla, la primera parte incluye el artículo de Carlos Gálvez que, con trabajada prosa, nos acerca a la “pequeña historia” de Huancabamba, tomando como motivo el paso por el pueblo del notable obispo ilustrado Baltasar Jaime Martínez de Compañón. Víctor Peralta hace lo propio con la comunidad de San Pedro de Mórrope. A partir de este ejemplo concreto procura mostrar como se dio un cambio en la economía local lambayecana que alteró notablemente los modos de vida de su población en el paso del siglo XVIII al XIX. Arremetiendo nuevamente contra la historiografía tradicional, Susana Aldana analiza uno de los tantos enfrentamientos judiciales por la propiedad de tierras. El caso escogido enfrentó a uno de los miembros de la elite piurana y al Común de Paita (léase indios) a través del Cabildo de naturales. Recurriendo a una efectiva técnica narrativa la autora muestra los detalles del proceso para sólo revelar al final que las aparentes “limitaciones” del grupo indígena no eran sino “estrategias” de un grupo de mestizos que pertenecían al “Común de Indígenas” y contaban con notables vínculos con la sociedad criolla. En fin, las cerradas categorías se disuelven sin desaparecer: se amplian. El último artículo de esta sección pertenece a Susan Ramírez que, recurriendo también a un caso concreto (el litigio de las comunidades contra la poderosa familia Martínez de Pinillos), muestra los detalles de un enfrentamiento entre terratenientes e indígenas durante el periodo borbónico.

La segunda parte se inicia con el trabajo sobre hijos naturales en Hualgayoc, Cajamarca, de Scarlett O’Phelan. A partir del estudio prosopográfico de la elite nobiliaria trujillana, Paul Rizo-Patrón y Cristóbal Aljovín superan la mera genealogía para ofrecernos un panorama de la sociedad urbana de Trujillo. Este extenso artículo muestra la formación, trama y funcionamiento de un grupo decisivo para entender la historia del norte peruano. Lo más interesante es que se trata de una aproximación netamente comparativa en la cual la contraparte limeña está siempre presente. La coyuntura en la que se ubica el trabajo permite entender más detalladamente las diversas actitudes de una elite que se enfrentó a la descomposición del sistema colonial: a pesar

de tratarse de un grupo social, tenía secciones diferenciadas en su interior. Los tres trabajos siguientes están temáticamente vinculados: tratan principalmente de la población indígena. Jacques Simard analiza las relaciones laborales y sociales al interior de las haciendas de Cuenca de la segunda mitad del siglo XVIII. Pero su interrogante es más específica: le interesa saber cómo la institución de esta nueva forma de organización económica influyó en la estructura comunitaria. El artículo de Milagros Martínez está dedicado a tratar la violencia en la sierra de Piura durante el siglo XVIII, clasificándola en tres tipos: violencia de españoles contra indígenas, de indígenas contra españoles y entre indígenas. La compilación concluye con el artículo de Alejandro Diez Hurtado, que aborda el caso de los Cabildos de indios piuranos en la transición de Colonia a República. Como resultado de ello no sólo se tiene una detallada definición práctica de una importante institución colonial en un contexto específico sino que además se cuenta con un modelo comparativo para realizar trabajos semejantes en otras zonas.

Finalmente, un par de comentarios. Quien revise el libro podrá observar que en general se trata de artículos dedicados a casos particulares, que son utilizados como ejemplos (modelos) para ilustrar una problemática mayor (tomando en cuenta los respectivos títulos). El problema recurrente de este recurso consiste en que la “contextualización” practicada se limita a un mero recuento diacrónico (los famosos “antecedentes”). Por esto se deja de lado una adecuada ubicación, que permita calibrar la representatividad del caso. El útil tratamiento del ejemplo concreto (recurso de la nueva historiografía ante el iluso totalitarismo de las estadísticas) no puede significar un retorno a las “monografías” locales de antaño.

La justificación implícita de todo trabajo sobre una región poco explorada no justifica el excesivo amor al detalle en desmedro del análisis. Antes que el descubrimiento, la explicación. Una vasta zona historiográfica como el Norte debe servir para plantear nuevos problemas y para replantear viejas preguntas (incluso de otras regiones). Si la necesidad comparativa se limita a una propuesta retórica y no va inmersa en la trama del trabajo, sólo se continuará extendiendo la larga lista de casos aislados desarticulados de los que nuestra historiografía está plagada.

En suma, este libro resulta imprescindible para los interesados en el “Norte”, pero sólo algunos artículos lo son para quienes otras regiones exploran.

Gabriel RAMÓN

Antonio ZAPATA VELASCO. *Guía de Machu Picchu*. IEP, Lima, 1999, 157p.
+ 6 mapas y fotos de Jacqueline Crousillat.

Esa guía de Machu Picchu de unas 155 páginas, propone al viajero el acceso al conocimiento científico de la “ciudad perdida” de los Incas. Es una síntesis de todo lo que se descubrió acerca de este conjunto monumental preservado durante siglos por la

jungla y que el autor define como “uno de los símbolos culturales más poderosos que cualquier país de las Américas pueda exhibir”.

Con el propósito de guiar al turista de una manera organizada y informada, el libro propone 6 paseos de 45 minutos cada uno dentro de la ciudadela y cuatro fuera de sus murallas. También el lector puede encontrar información sobre la biodiversidad del área mayor del Santuario Histórico, asimismo que una descripción del Camino Inca que permite llegar a las ruinas a pie en tres días. Para una mejor comprensión, la guía incluye 62 fotografías de Jacqueline Crousillat y 6 mapas.

En una primera parte, corta pero clara, consagrada a Pachacútec, el Inca constructor, el autor recuerda el papel de este hijo de Viracocha en la victoria de los incas frente a los chancas y el avance final a través de la ceja de selva, lo que permite entender la ubicación de Machu Picchu, pues esa propiedad ha sido planificada por el mismo Pachacútec. También recalca la predisposición del nuevo emperador al culto y su convicción que la organización de un gran poder no sólo supone conquistas sino también transformaciones ideológicas para fortalecer el espíritu de la elite inca. Esas cuatro páginas dan ganas de conocer más acerca del ambiente social y espiritual que caracterizaba la mitad del siglo 15 pero el autor prefiere empezar con la descripción de los 6 paseos a través del sitio.

Esos paseos adentro (6) y afuera (4) llevan al turista a todas partes de las ruinas, tomando en cuenta el orden en el cual se entraba a Machu Picchu hace 5 siglos atrás. Cada paseo ofrece la visita de una parte bien identificada. El paseo uno nos lleva a la entrada (histórica y no actual) de Machu Picchu y al Torreón, el segundo al Grupo del Rey, a la Plaza Sagrada y al famoso Intihuatana, el tercero a la Plaza Principal, el cuarto al grupo residencial de abajo, el quinto al Acllahuasi, al Templo del Cóndor y al Intimachay, y el último a la zona agrícola, es decir lo que el turista visita en primero cuando no conoce la importancia de cada lugar. Cuatro paseos fuera de la muralla nos llevan a la Portada del Sol por donde entran los visitantes del Camino Inca, al Puente Inca poco visitado por los turistas que no saben de su existencia, al Huayna Picchu y al Templo de la Luna.

La visita así conducida no olvida nada del sitio. Las descripciones de cada lugar son finas, claras, precisas y permiten entender la significación exacta de cada construcción, de cada forma. Además unas 3 ó 4 fotos de los lugares descritos ilustran cada capítulo, lo que contribuye a una mejor comprensión del texto.

De los 10 paseos descritos, 5 llevan su pequeño mapa de localización. Por lástima esos mapas son restringidos al aérea descrita sin ser relacionados con los demás planos y sin dar referencias geográficas más amplias como para poder ubicarse en las ruinas. Tampoco hay un mapa general de Machu Picchu que permitiría ubicarse mucho mejor y mucho más rápido sin tener que prestar tanta atención a las directivas del autor para dirigirse de un paseo al otro. Con un mapa de este tipo, la guía hubiera sido un poco más práctica y pedagógica, aumentando la calidad de los comentarios y de las fotos de cada sitio con una visualización fácil y rápida de su localización.

Las personas que ya visitaron varias veces Machu Picchu con distintos guías de turismo saben que las interpretaciones pueden ser muy variadas, a tal punto que al final uno se puede negar a creer a un guía turístico, pensando que no hay pruebas de nada. Por

lo tanto, las explicaciones o las hipótesis de Antonio Zapata Velasco parecen al contrario muy convincentes porque son justificadas. Las dudas que quedan todavía hoy en día no son ocultadas, las diferentes interpretaciones que puedan existir algunas veces son examinadas. Así por ejemplo el autor nos presenta, en algunos casos, las deducciones de Hiram Bingham cuando descubrió e investigó el sitio a partir de 1911, lo que permite imaginar el estado de las ruinas en esta época y resulta ser muy emocionante: pocos saben que cuando llegó por primera vez el profesor norteamericano a Machu Picchu, en julio de 1911, descubrió, además de las ruinas, un *graffiti* escrito nueve años atrás por un hacendado de la región... El lugar no había dejado de vivir, de otra forma por supuesto que en el siglo 15 o que hoy, pero la zona era conocida.

Así, además del conocimiento científico que nos ofrece este libro, el autor llega siempre a dar vida al sitio, a través de anécdotas de este tipo o proponiendo una reconstitución simple pero interesante de las costumbres de los incas en relación con el lugar descrito. En pocas palabras viajamos entre el siglo 15, el siglo 19 y nuestra época.

El décimo capítulo del libro trata sobre el famoso Camino Inca. En algunas líneas el autor recuerda primero lo más importante de la historia de este camino: forma parte de una red de unos 30 mil kilómetros que recorría todo el Tahuantinsuyo y estaba vertebrada por dos vías principales de Norte a Sur (una en la costa, la otra cruzando la sierra) conectadas por carreteras secundarias. Además existían caminos de penetración en el bosque amazónico que cruzaban la ceja de selva. La vía que hoy se conoce como Camino Inca es parte de aquellos. Unía el Cuzco (la sierra) con la región de la Convención (la ceja de selva). El recorrido de dicho camino era considerado sagrado y reservado a los nobles que acudían a Machu Picchu.

Esa breve descripción da el marco histórico y espiritual del recorrido más clásico de 43 kilómetros que hoy se ofrece a los turistas a partir del kilómetro 88 de la vía férrea Cuzco-Quillabamba hasta Machu Picchu en 4 días. Luego la descripción se vuelve más práctica, enfocando el recorrido día por día. El autor facilita datos de dos tipos: consejos al turista sobre lo que debe llevar, donde puede comer y descansar, el nivel de dificultad de las subidas o bajadas... etc. También como en las partes anteriores, Antonio Zapata Velasco proporciona todos los datos históricos necesarios para entender la significación de cada sitio encontrado en el camino así como los nombres de los diferentes nevados o valles observables durante el recorrido. Un mapa completo del Camino permite ubicarse con facilidad y unas 6 fotos hermosas muestran la belleza del lugar. La precisión y claridad de las descripciones dan consistencia cultural muy interesante a un recorrido que, sin esas explicaciones podría parecerse una simple "caminata" en la naturaleza. Este pequeño libro logra lo que pocos guías (humanos) de Cuzco pueden hacer: dar vida y sentido histórico y espiritual a un paseo bastante duro durante lo cual algunos turistas corren el riesgo de sufrir un poco. El "sacrificio" se vuelve así soportable e instructivo porque el turista siente la presencia de los incas y la emoción va creciendo a medida que se acerca del destino último, Machu Picchu.

El capítulo siguiente está consagrado al Santuario Histórico de Machu Picchu establecido en 1981 sobre una superficie de 35 592 hectáreas y reconocido dos años después por la UNESCO como Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad (así como Tikal en Guatemala). Debido a su ubicación, el Santuario consta con una gran

diversidad de pisos ecológicos: diez zonas de vida y dos ecorregiones naturales según los términos científicos. Esa variedad hace posible la existencia de unas 375 especies de aves, cerca de 60 especies de mamíferos y más de 7 000 especies de plantas. En unas 50 líneas, el autor recalca los aspectos más interesantes del “mundo natural de Machu Picchu” empezando por el piso más alto, territorio del cóndor andino, de la taruka, de las vizcachas y del puma y descendiendo en 2 etapas hasta el fondo de los valles, preludio a los grandes bosques amazónicos. La última parte de este capítulo trata sobre la conservación del santuario, su valor desde el punto de vista ambiental (su rol en el mantenimiento del equilibrio hídrico), las amenazas para el parque (turismo y sobretodo incendios forestales) y las acciones de la administración del santuario. Tres fotos en color acompañan el texto. Este capítulo resulta ser bastante corto y teórico, no está relacionado con lo anterior y se parece más a una presentación general del ambiente natural de Machu Picchu a través de la existencia de ese Santuario que a una guía para turistas ecologistas. En este sentido contrasta con los capítulos precedentes.

Las páginas siguientes constan con consejos prácticos dando respuestas a preguntas sencillas pero importantes por cada turista tales como: ¿cómo viajar a Machu Picchu? El autor describe las ventajas de tres formas de viajar: en helicóptero, en tren, a pie dando todos los detalles de precios, horarios, problemas variados... etc. ¿Dónde alojarse cerca de las ruinas? El autor describe el pueblo de Aguas Calientes... ¿Cómo vestirse? El autor describe los climas, temperaturas de día y de noche, aconseja la ropa y los zapatos más cómodos. ¿Qué equipamiento, qué tipo de víveres y medicamentos llevar para el Camino Inca? ¿Cómo contratar a cargadores? El libro da todos los detalles.

El penúltimo capítulo trata sobre “los museos”. En realidad, el autor no escribe acerca de los museos de Cuzco sino acerca del museo de sitio de Machu Picchu (donde se hallan muy pocas piezas) y sobretodo del museo de Peabody (Connecticut) donde Bingham exportó todo lo que encontró en el sitio. Así la guía recapitula la información acerca de los hallazgos que están en este museo norteamericano. En tres páginas, el autor empieza por describir los tres cementerios y las conclusiones sacadas a partir de la observación de los restos de las 185 personas encontradas. Así aprendemos que el doctor de la expedición estimó que las cuatro quintas partes eran mujeres (“lo que dio pie a una tremenda especulación sobre esta desproporción entre sexos”). Hoy en día no es tan seguro, hay que esperar los resultados de los nuevos estudios en curso en la Universidad de Yale. También por la falta de instrumentos de piedra y de cráneo trepanado, Bingham estableció que esas personas no eran obreros y tampoco guerreros, de allí la idea que Machu Picchu era el refugio de las vírgenes del sol.

La pregunta que sigue sin respuesta es “¿por qué menos de 200 entierros en un asentamiento capaz de albergar a 1000 personas cuyo periodo de ocupación habría alcanzado los 80 años?” Probablemente la proporción de peregrinos era alta...

El autor describe también los objetos de metal y las cerámicas encontrados, recalcando los más típicos del periodo imperial cusqueño, tal como el aríbalo (jarrón para la chicha) o los braseros destinados a sahumar hierbas aromáticas.

En pocas palabras, Antonio Velasco da algunas claves para entender e imaginar aún mejor cómo era la vida en Machu Picchu a finales del siglo 15. Es también una sugerencia al turista para que busque más informaciones acerca de una historia

apasionante que aún queda por completar. Para que el lector se dé bien cuenta que la historia de Machu Picchu aún no tiene su forma definitiva, las últimas páginas tratan sobre las investigaciones llevadas a cabo por Bingham (a principios de siglo), Tello (un arqueólogo peruano que fue miembro de una expedición en 1941 y que contribuyó a interpretar Machu Picchu como un centro religioso), Valcárcel (quien publicó un libro en 1963 abriendo la pista a la investigación moderna y respondiendo a los enigmas básicos), Rostworowski (historiadora peruana) y Rowe (arqueólogo norteamericano) que probaron, entre otras cosas, que Machu Picchu era parte del dominio de una gran familia imperial y no un asentamiento estatal, Kendall (antropóloga británica) quien estudió el sistema urbano completo al que pertenece Machu Picchu, y por fin los arqueólogos del INC, que sostienen por ejemplo que el asentamiento fue abandonado intencionalmente por los nobles, dejando el sitio ocupado por un grupo de campesinos.

A través de esas páginas, el lector entiende cómo, poco a poco, se elaboró el conocimiento actual sobre Machu Picchu.

La guía termina por un directorio de instituciones (públicas, asociaciones de turismo, organizaciones de conservación, asociaciones deportivas, informaciones, alquiler de vehículos, sitios del web) una pequeña bibliografía de 9 títulos, un glosario (de unas palabras incaicas) y algunas páginas en blanco de notas para el viajero.

La mayor calidad de esta guía es dar buena información tanto práctica como científica en forma sintética. Ofrece interpretaciones muy convincentes, expuestas en pocas palabras. Es un libro muy útil por cualquier persona que quiere visitar de una forma “inteligente” el santuario de Machu Picchu, se le puede recomendar a todos los turistas hispanohablantes que llegan al Perú, tanto como a algunos guías de turismo que a veces no llegan a dar una visión tan precisa e interesante de las ruinas que comentan... A pesar de algunos defectos secundarios (mapas de Machu Picchu o utilidad limitada de los datos acerca de la flor y fauna del Santuario), merece realmente ser más difundido por traducciones al inglés y al francés.

Nathalie RAYMOND